

Recordar, compartir, aprender

## Madrid

Gregorio Ojeda Crespo, 87 años

Almudena Ojeda García, 21 años

### LOS VERSOS DE UNA VIDA

*No debe ser fácil dejar a un lado tus sueños, luchar por salir adelante, y ante todo, hacerlo con tu mejor sonrisa. Es la historia de Gregorio, un amante de la poesía, cuya vida podría compararse con la de cualquier poeta prodigioso, si no fuera porque él, en cambio, no pudo dedicarse a ella. España vivía entonces otra época y tocaba asumir diferentes responsabilidades.*

Llego a nuestra cita y me recibe un hombre amable. En seguida percibo que en sus 87 años los buenos y los malos recuerdos se iluminan con su simpatía y con sus buenas palabras.

Gregorio nació en un pequeño pueblo de Cuenca. De haber podido sentarse a escribir, sus primeros versos habrían sido tristes. Cuando contaba 17 años de edad, murió su madre, y su padre fue encarcelado en plena guerra civil española. Tuvo que hacerse cargo de sus dos hermanos, menores que él, hasta que liberaron a su padre por falta de pruebas.

Todo se enrareció, y fue entonces cuando Gregorio decidió marcharse a Madrid, con el convencimiento de que allí todo sería más fácil. Pronto encontró trabajo como guarda jurado en el parque El Capricho perteneciente a los duques de Osuna, donde se instaló junto a su mujer. Sus vistas espectaculares pronto despertaron su alma creativa: el embarcadero, el refugio, el palacio... Sonríe Gregorio cuando recuerda que aquel fue uno de los lugares elegidos por muchos para el rodaje de películas, tales como *Un rayo de luz* o *Ha llegado un ángel* en cuyo reparto se encontraba Marisol como actriz principal, lo que le dio la oportunidad de conocer a la artista.

Pero eran tiempos difíciles. Gregorio recuerda con ternura que un día mientras realizaba su trabajo vio como una mujer, acompañada de sus hijas, intentaba llevarse unas uvas para comer. Él, como parte de su responsabilidad, no podía permitir este suceso y tuvo que impedir que se las llevase. Sin embargo, su lado más humano salió a flote, y horas después acudió al hogar de esta humilde señora para regalárselas, pues era consciente de la situación que atravesaban muchos en ese momento.

En los jardines vivió y trabajó durante cinco años, hasta que se trasladó al centro de Madrid para ocuparse del metro. Entró como mecánico y montador, y tuvo que aprender a desarrollar las funciones sin apenas tener conocimientos de maquinaria. Las 300 pesetas que ganaba al mes no eran suficientes, y mientras tanto realizaba otros trabajos para conseguir dinero, como aquellos relacionados con la escayola o con el ornamento, utilizando su ingenio e imaginación para crear decorados en los estudios de Sevilla Films y de Cinematográfica Española Americana (CEA). No obstante, su oficio en el metro le fue recompensado, y su esfuerzo y compañerismo le situaron como oficial de primera.

A pesar de todo, ni el éxito laboral ni sus pasos en el cine pueden situarse a la altura del más bello recuerdo que Gregorio guarda de su existencia: los 61 años de amor que vivió junto a su mujer, y que dieron como fruto la formación de una familia junto a su hija, nietos y biznietos. Ahora, son ellos quienes le apoyan y están a su lado, dándole el cariño que se merece e intentando siempre que no necesite añorar nada. Y a pesar del anhelo que siente hacia su esposa, un anhelo que logra entristecerle cuando sus pensamientos viajan al pasado, puede sentir la satisfacción de haber recibido su afecto incondicional.

Hoy, acunado por todas estas muestras de afecto, por fin puede Gregorio dedicarse a la poesía. Escribe versos que dedica con ternura a sus seres más queridos, tanto de la familia, como del centro de día al que acu-



de, siempre intentando ofrecer una pizca de felicidad a cada persona que le rodea, siempre sonriendo, siempre colmando de alegría el ambiente en el que se encuentra.

Hace años que la vista le empezó a fallar, pero Gregorio no se ha rendido, demostrando que el sentimiento y las ganas de seguir adelante son más fuertes que cualquier pérdida. Nada le impide hacer una vida normal, junto a sus compañeros, y junto a las personas que le ayudan diariamente, a quienes él les está tan agradecido.

Cuando terminan nuestros encuentros, me sorprende a mí misma con una peculiar sensación de paz, como si sus palabras me dejaran colgando de su optimismo vital. Aún guarda algo con lo que sorprenderme: Gregorio me da un papel, con algo escrito. Quizás no sea la mejor de las poesías, pero yo me alegro de estar bendecida por este gran hombre.

“Con el máximo respeto  
y toda sinceridad  
a una bella señorita  
mi apoyo quiero prestar;  
que estudie periodismo  
una profesión sin igual  
y que consiga su deseo  
en el periodismo nacional.  
Muy buena nota ha tomado  
de mis experiencias vividas  
y deseo que mi apoyo  
le ayude a lo largo de su vida”.

Quizás sea su buena fe, quizás el buen humor que le caracteriza, lo que hace de él una persona tan especial. Hoy puede mirar al cielo y sentirse orgulloso de ser como es.